

A Propósito de la Exposición de Arboleda

Por ALBERTO DUTARY

Al llegar a una oficina por una circunstancia cualquiera me encontré por casualidad, que si pudiera evitarlo lo haría, con el escritor y...

Es este hombre rechoncho, la imagen hecha vida de la teoría "cilindrista", habla del arte únicamente por las anécdotas de los artistas, como si fueran bochinchas de un mundo aparte. Al verle uno de frente a este señor no se le distinguen los ojos; es como una enorme papa cocida. Este hombre tiene la particularidad de parecer estar viendo con las fosas nasales mientras respira con la boca.

Sin embargo, no se puede uno escapar del entusiasmo con que habla del escultor Arboleda y de su obra. Ya al salir de la oficina, comienzan a aparecer carteles por todas partes, carteles que antes no había notado, pero que estaban allí. En ellos se anuncia la exposición del escultor.

Ya es imposible, hay que pensar en los fenómenos similares que ocurren en este país que es un perfil entre playa y playa.

Me he puesto pues a pensar en voz alta, no a manera de crítica, porque eso me está vedado. Lo que puedo es escribir una nota necrológica de algo que fue, porque todo acto humano tiene importancia, y siempre queda de ello algo. Estoy pues, por recoger esas células que fallecen y apuntar las que les sobreviven. Escribo estas líneas, hilvano estas palabras y trato de apuntar mis adjetivos a una exposición de Carlos Arboleda. Que digo, la exposición, el aparato de ella: la bulla, en panameño, que no la obra. Aunque claro está, también tendré que hablar de lo que de esto había en la exposición.

La gloria, esa cosa incómoda que se busca puerilmente, cuando se siente que se quiere ser alguien, no puede existir socialmente en Panamá. El artista al llegar a Panamá, al regresar a lo suyo, trata de demostrar que ha triunfado en otros medios, que se le aprecia en otros medios; que no se trata de un artista de Panamá allá, sino un artista de allá acá.

Todo esto añadido al hecho de que el jugador se reserve la carta, y la emplea a cada rato entre paréntesis, de haber nacido en un pueblo pequeño, y a pesar de eso, etc., etc. Sueña a camelo, que creo está bien que se emplee, si le es necesario, pero lo único que podemos todos esperar es que el artista mismo, no haya sido el primero en creérselo.

Y ya estamos en medio del aparato, del andamiaje que sostiene a la exposición: letreros por todos lados donde se lee que tales personajes han dicho tales cosas acerca del escultor. En uno de ellos donde se muestra una fotografía de un desnudo, se puede también leer las palabras: "Arboleda sigue obediente al genio de su raza". En la misma palabra raza, una eucaracha ha puesto un hueve tan enorme que ha tapado totalmente la letra "a", dejando al descubierto el vocablo "raz". Viendo el desnudo y recordando el término popular, uno se pregunta cómo es que nos olvidamos de ese grupo étnico cuando nos referimos a nuestra raza. Todo esto ocurre en una cantina donde puedo escuchar a un grupo que entre cerveza y cerveza y pantalones arriba (nunca he podido averiguar por qué el panameño se arremanga los pantalones exactamente después de la segunda cerveza), digo que el más expresivo de ellos, o el más culto tal vez,

se refería a Arboleda como a un escultor "clase". Uno se pregunta si cuando quiten el letrero este será el único comentario que estrangulará el tiempo.

Porque el pueblo, digo el pueblo que trabaja, canta, y por salud se emborracha, es muy poco constante en estas cuestiones de arte como en tantas otras.

Sin embargo, nada cuesta tanto trabajo, lo repito, como ser famoso en un país donde no puede haber fama, porque esa fama hay que mantenerla con aromas publicitarios y estos aromas duran lo que el papel periódico tarda en las casas de los que no son familia inmediata del artista.

Ya estoy en una "chiva". Al lado mío interrumpido por los barrotes de la ventana, el paisaje de la ciudad de Panamá. Es un paisaje humano, apenas interrumpido por casas. Por las aceras, el ritmo acompasado de una humanidad que lleva huellas de todas las razas y cierta sonrisa blanca y alelada con desesperanza nocturna. Al ver al ser humano, al ser que camina, uno piensa en la escultura, como también en el concepto popular del arte.

Toda escultura es iconográfica, y para que la acepten los más tiene que ser una copia de esos seres, en cuanto más exacta, más apreciado el escultor; ade-

más lo sentimental del tema también cuenta.

Después de haber agotado el tema decorativo de la chiva, (en el cielo-raso se podían leer nombres de mujeres como: Matzara, Filorlinda, y otros, además arabescos en un orden vertiginoso con el propósito de llenar el espacio alrededor de las letras). Aquí el artista popular ha usado el tema exigido: los nombres, pero cuando ha pretendido crear ha utilizado la geometría señalándole un lenguaje muy particular. Más allá, un paisaje (es increíble, el espacio libre, cualquiera que sea, ha de ser cubierto); el paisaje es una playa, palmeras y una luna llena. Todo ha sido pintado con una ausencia total de sombras y los objetos son presentados directamente con la preocupación única de sus respectivas formas. Abajo del paisaje se puede leer: "llorarás sinvergüenzona".

Ya llegamos a la Universidad Nacional. Más carteles alusivos a la obra del escultor. Ya entrando a la sala, muchos recortes de prensa desplegados en un tablero, y más arriba, unos ojos; unos ojos que de puro grandes deben de mirar más, de puro dilatados deben de mirar mejor. Alguien, una chica, comenta al lado, que es una fotografía ampliada de los ojos, con mirada y todo, del escultor. Que peligro ha corrido este muchacho cuando de niño,

al pasearse junto al río Chilibre, y en su avidez de bucear su imagen reflejada en las corrientes aguas, hubiese podido perecer ahogado.

Ya, después uno tiene que entrar de todas maneras. No importa lo que uno esté pensando al momento.

El local es amplio, hay mucho público, estudiantes sobre todo. Libros en brazo y sonrisa constante. Algunos rien al ver las esculturas y comprobar el título. Esto siempre ocurre.

Hay muchísimos trabajos en esta exposición. Tantos, que parece una feria industrial. No se sabe por donde comenzar.

Estoy frente a los dibujos, y una cosa que le llaman monocopia, y creo hasta grabados. Los dibujos son esquemáticos; los más se refieren casi únicamente al ritmo o movimiento de las figuras, para mejor decirlo. Hay algunos de estos trabajos que son muy elegantes. Elegante generalmente se le dice a una obra en cualquier medio, en donde la figura o imagen se presenta con gran distinción, la línea con que se forja es clara, nítida, y el fondo, el papel en este caso, hace un balance equilibrado con la imagen creada y las líneas con que fuera hecha.

A las esculturas puestas en hilera hay que llegarles porque desde lejos no invitan a mucho.

Y comienza a aletear esa pesada ave negra que es la desilusión después de haber iniciado uno algo con cierto entusiasmo. Se llega a las esculturas, también muchas en número; demasiadas.

Después se ve mucho modelado y trabajo de academia. Más allá de algunos vaciados sólidos sin casi ningún sentido plástico, nada más que el de representar algo, si es que a ello se le puede llamar sentido plástico. Digo, si se resiste a esa especie de pompiérismo de academia española, se encuentra uno con algunas esculturas de valor.

La escultura junto con la arquitectura, cada una por distintas razones, representan las formas de arte más "modernas"; con ello quiero decir que después de lo que se ha logrado técnicamente, después de haber tirado por el agujero de su historia el peso que le molestaba. No hay manera de volvernos atrás.

La escultura desde finales de siglo no ha tenido otra intención que la de dejar de ser pintura disfrazada, y de sumergirse en su mismidad. Para ello, capturar el espacio, recobrar su tridimensionalidad, emplear el hueco, el pedazo de cielo, el vacío entre línea y línea que surge rauda, ya sólida, ya transparente, con una pretensión humilde y profunda de hacerse del espacio.

Claro, hay una formidable escultura hecha con el modelado, donde cada toque, cada huella dejada con la mano por el creador, dan un baño de luz. Luz, el milagro casi tan actual como el sonido, que en manos de un creador se hace palpable y reciente como el minuto que estamos viviendo.

A esto no se refiere Arboleda en su escultura. Lo que aquí presentó se refería únicamente a una anécdota que aveces se hacía más fuerte y sincera en ciertas cabezas o en obras más modestas.

En escultura entre otras cosas, se emplean ciertas piedras o materiales más sólidos sobre los cuales por medio de la eliminación se logra el objeto deseado por el escultor. A este grupo pertenecían los acierros de la exposición que nos ocupa. (Y también, como para que fuesen más notables, por contraste, las cosas más desagradables de la exposición eran estas últimas como monumentos para un pueblo indefenso, donados por un alcalde engréido, o proyectos para mausoleos de familias pretensiosas y vacías).

Bien, aquí al centro, estoy frente a una estatua de suaves líneas que juegan deliciosamente con las formas externas. En este tipo de escultura es muy importante, la presentación. Por ello se explica, las dimen-

siones de la imagen con respecto al espectador. La luz, en este caso lograda por la textura del pulimento (y el truco de un foco azul detrás). Todo ello hacen de esta estatua una obra, que sobresale imponente a pesar de la mala compañía.

Hay también cuadros. Digo trabajos hechos con colores sobre una superficie plana. Es poquísimo lo que de esto se puede tomar en cuenta. Algunos templos barnizados, de colores violentos y agradables a la vez.

Ya se olvida uno al tratar de recordar trescientos o más objetos. Había también allí dos intentos de hacer escultura actual, muy desafortunados.

Tan desafortunados que no tienen asa para agarrarlos con manos críticas.

Aparte de todo lo mencionado casi todas las obras tenían unas líneas explicatorias. Se podía leer palabras que se referían al escultor como si fuese una cosa aparte de la raza humana. Por ejemplo: "aquí el artista sin haber salido de Chilibre, encara y resuelve el problema de la pintura contemporánea".

Bien, Sr. Arboleda, al salir de la exposición piensa uno en Ud., en lo que podía ser una exposición suya con el suficiente trabajo, un poco de capacidad auto-crítica y selectiva, y la sana intención de hacer algo y nada más.